

■ Editorial

Libertad y corresponsabilidad en las instituciones

El ser humano es multidimensional. La dimensión ético-moral es de las más relevantes por su carácter humanizador y sintetizador de la persona. La libertad y lo que implica, la responsabilidad, no sólo atañe a la individualidad personal, sino también a la relacionalidad entre las personas y las comunidades que concurren en las instituciones. Ello es bastante notorio en los diversos espacios de la actividad humana: la familia, la escuela, el trabajo, la sociedad y la política. Ahora bien, en todos ellos subyace una dimensión que tiene una dinámica de constante incidencia en los asuntos humanos: el “poder”. Éste se entiende, en general, como la capacidad de los humanos para lograr lo que se proponen.

Es claro que no todo lo que una persona se propone lo puede alcanzar; las circunstancias históricas, sociales, familiares y biofísicas la limitan. También es cierto el hecho de que en la actualidad las personas pueden realizar muchas cosas que antes ni siquiera imaginaban. Esto se aprecia tanto en lo individual como en lo colectivo. Lo cual nos da una idea de la relevancia que tiene el poder tanto para las personas como para las sociedades en las diversas épocas y periodos de la historia, sobre todo en el tiempo presente. Así, pues, el poder, si bien tiene una dinámica propia, no puede prescindir de su dimensión ético-antropológica, es decir, de su aspecto de responsabilidad y de humanización (o deshumanización).

El pensamiento de autores como Romano Guardini nos ayuda a clarificar y discernir los temas que ahora queremos plantear. Uno es acerca de la dinámica de la libertad y de sus ámbitos, con la consiguiente responsabilidad; otro es acerca del poder y la corresponsabilidad, tanto en las comunidades como en las instituciones para su control y manejo. No estamos planteando una exposición sistemática del pensamiento guardiniano, sino solamente tomando algunas de sus reflexiones para mirar, más allá de nuestros problemas, un horizonte de humanización y de los principales retos que ello supone.

La libertad siempre ha fascinado a los seres humanos desde que son conscientes de su dignidad. Pero también el carácter inmutable de las cosas puede ser una tentación, lo es cuando ello supone querer renunciar a la propia responsabilidad y pretender que las cosas y las circunstancias sean las que lleven la carga de las decisiones y de los acontecimientos. Esto es ignorar, hacer a un lado y anular no sólo la responsabilidad sino la libertad misma. Ello representa, hasta cierto punto, una comodidad, una zona de confort; por ello es bastante atractiva esta suposición.

Sin embargo, sin responsabilidad no habría realmente libertad. Sin ésta, el carácter personal del ser humano tampoco sería real, porque la persona misma se diluiría en los fenómenos de las circunstancias, las necesidades y los hechos externos. La acción libre remite a nuestro querer; de éste surge aquélla. Ese querer no sólo pasa por nosotros, sino que *brot*a de nosotros, de ese núcleo fundamental al que denominamos “yo”. La acción emerge de nuestro ser personal porque *queremos*, y el “yo” es la fuente. La persona del ser humano es el *autor* de dicha acción.

La libertad se realiza en los diversos ámbitos de nuestras situaciones vitales. Un primer ámbito de aquélla tiene que ver con el conocimiento del funcionamiento de las cosas y la habilidad de la persona para situarse en ellas y manejarlas en su beneficio. Esa capacidad implica el poder del ser humano de conducir las cosas para lo que aquél pretende. Ese poder le otorga libertad y, al mismo tiempo, la persona se manifiesta libremente en él. No sólo brota de ahí la técnica y la ciencia, sino en situaciones vitales nace la capacidad para sobresalir en la vida en términos de tomarla en sus propias manos. Emerge así el orden y las cosas forman una constelación que, en otros tiempos, se denominó “cosmos”.

Un segundo ámbito en que se realiza y ensancha la libertad alude a los valores. Se trata del conocimiento del valor de las cosas correctamente apprehendido. Con esto se va más allá del aspecto práctico y funcional de las mismas. Puede darse en algo tan simple y cotidiano como leer un libro y en éste descubrir una verdad, o en el escuchar a alguien cuyas palabras develan el significado de una cosa y en ello descubrir un sentido nuevo a nuestra vida. Incluso en el ámbito del arte, al percibir

lo bello de una obra, podemos redescubrir nuestro interior y un nuevo significado de nuestro ser. El conocimiento de la verdad de las cosas y de sí mismo abre el horizonte significativo no sólo para vivir y sobrevivir, sino para alcanzar el sentido de la vida misma. Esto otorga una libertad viviente que ensancha el horizonte humano y de humanización.

Un tercer ámbito de la libertad se abre cuando se da la relación justa y adecuada entre las personas. Por un lado, la relación consigo mismo, la búsqueda del propio yo, el crecimiento personal, el polo de la soledad, constituye un espacio de libertad interior. Por otro lado, la relación con los demás, con el tú y con los otros, da un espacio de ensanchamiento de la libertad para constituir un “nosotros”, una comunidad. La dinámica entre interioridad y comunidad genera un espacio de libertad; la relación justa de camaradería, amistad y amor son expresión de lo anterior.

El cuarto ámbito de la libertad se refiere a su carácter moral. Cuando la persona actúa eligiendo un bien moral en su acción concreta —más allá de una función o de una idea—, toda ella, convencida del sentido de su actuar y del bien realizado, adquiere una dimensión más amplia de la libertad. Ahí la persona, actuando en cada caso concreto según la razón, es libre de forma más plena y la anchura de la libertad le otorga una dimensión de humanidad más amplia y profunda. Se realiza como persona humana al hacerse dueña de sí misma desde su intimidad. Entonces, ya no sólo realiza “actos” morales, sino que *ella misma* es moral.

Finalmente, el quinto ámbito de la libertad tiene que ver con la conciencia de la propia finitud. La condición mortal del ser humano puede abrir la conciencia de su dimensión trascendente. Hasta cierto punto tal condición coloca a la persona en el balcón al voladero de su condición finita. Enfrentarse a esta situación con confianza —e incluso con alegría— se llama libertad religiosa. El hombre y/o la mujer religiosos van más allá del sentido de la existencia. La altura personal y comunitaria cobran una dimensión que, por la conciencia religiosa, toma su auténtico significado: el de la plenitud de los anhelos humanos. Algo que puede traducirse de alguna manera en los términos de san Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón no descansará hasta que repose en ti” (*Confesiones*, I, 1, 1).

La libertad, empero, tiene un punto de referencia: la inmutabilidad (o necesidad). La conciencia de lo inmutable coloca delante de la persona a la realidad misma. Se trata de fuerzas reales que limitan la libertad. Un primer tipo de inmutabilidad es el cúmulo de hechos sobre los cuales se desarrolla nuestra existencia, tanto los hechos que nos suceden y sobre los cuales vivimos, como los hechos que nosotros mismos generamos y que tienen impacto en la vida de los demás. Un segundo tipo de lo inmutable se muestra en lo necesario, esto es, aquello que no puede ser de otra forma porque, en el fondo, tiene un carácter de “ley”. Matemáticas, física, bioquímica, psicología, historia, cultura, etcétera, todo ello tiene la connotación de lo necesario, lo que está regido por “leyes” que determinan y condicionan nuestra existencia. Por tanto, también nuestra libertad.

Para que la libertad adquiera su potencia, su fuerza y realización, requiere hacerlo sobre la base de la inmutabilidad. Es preciso tener despierta la conciencia de lo inmutable, que no es otra cosa que la realidad tal como se nos presenta en la vida cotidiana. Con tal conciencia brotará en la persona la percepción, el sentimiento verdadero de lo que existe, los límites que las cosas nos imponen, el acontecer histórico y el modo como las cosas acaecen. No es otra la actitud que tener los pies en la tierra. Este binomio —libertad e inmutabilidad— es la base de la cultura: la acción humana sobre el entorno natural. Esto nos da pauta para la consideración del origen y la dinámica del poder y la responsabilidad que ello implica no sólo para las personas, sino para las instituciones. La responsabilidad permanece tanto para unas como para otras. Aquélla se mantiene en la concurrencia de libertades en los distintos ámbitos de la actividad humana, tanto personal como comunitaria.

Con lo dicho anteriormente, se puede considerar el fenómeno del poder. La dinámica entre la inteligencia humana y las energías naturales, que son la base del poder tal como lo conocemos, no necesariamente tiene un signo negativo. Lo positivo o negativo, lo bueno o lo malo de una acción, depende de lo lícito (o no) de las pretensiones y de los medios para alcanzarlas. En la dinámica del poder es preciso conocer cómo opera el espíritu humano sobre la base natural de su entorno. El conocimiento de las energías y potencias naturales

representa una libertad de acción humana sobre los elementos de la naturaleza y del ambiente. Hablamos de poder cuando se da la iniciativa humana sobre esos elementos, sobre sus energías.

Iniciativa humana significa libertad. Pues bien, el poder se da cuando la libertad toma la energía de las fuerzas naturales y la conduce a sus fines propuestos. Se trata de conciencia y finalidad. El ser humano es consciente de la energía de una cosa y de que dispone de tal energía, entonces toma la iniciativa —un movimiento interior— y se plantea a dónde desea conducirla; formula los fines y los medios para alcanzarlos con tal energía. Así, poder es la posibilidad que tiene el ser humano de pensar, elegir y realizar acciones que brotan de la propia iniciativa.

El ser humano no sólo ha conocido las fuerzas y energías de la naturaleza y las ha conducido a los fines que se ha propuesto, sino que ha conocido también las energías sociales y psicológicas de su propia naturaleza humana; las ha conocido y controlado y, como a aquéllas, las ha usado en su propio beneficio. También en su perjuicio antropológico. Ha entablado guerras y ha dado pie a toda suerte de males sociales. En pocas palabras, en el espacio de la libertad humana, las energías naturales se transforman en poder. Por ello, para la libertad y para la conciencia humana la pregunta fundamental respecto del poder no es tanto esta: ¿Cómo llevo las energías de esta cosa a donde quiero o me propongo? Sino esta otra: ¿Me es lícito hacerlo?

Se trata de la conciencia moral. Esta pregunta, si bien atañe a la dimensión personal, también tiene una proyección social e institucional. Y se debe plantear, si no queremos que el poder se desborde, tanto en el ámbito individual como en el colectivo. El poder puede conllevar muchos bienes, pero si olvidamos esta pregunta de núcleo moral, puede acarrear muchos males. De ahí su importancia, sobre todo para las comunidades y para las instituciones. Más aún, para nuestro tiempo presente. ¿Cómo podemos mantenerla y promoverla —dicha pregunta— para generar una conciencia crítica y moral del poder tanto en los ámbitos técnico-científicos como socio-políticos, así como en los diversos ámbitos de la actividad humana?

No hay respuestas sencillas, pero se necesita una educación para el manejo ético del poder, sobre todo en su dimensión política. Se

requiere, igualmente, la educación de una nueva humanidad o, mejor dicho, de una nueva forma de humanizarnos. Requerimos para lo anterior un auténtico juicio de las cosas conforme a la esencia de las mismas y, en especial, del ser humano. Siguiendo otra vez a Guardini, se necesita una nueva actitud ascética, una ascesis ante el poder y su dominio sobre las energías naturales. Se trata de una disciplina de sí mismo, por parte del ser humano, que ponga límites a las desmesuras de la vida cotidiana, muchas veces arrasada por el ensimismamiento y el desinterés por los demás, definidos ambos por el consumo, el placer, la ambición y el afán de ganancia.

En la dimensión social, reiteramos, se trata de la conciencia crítica y moral del poder. Esta conciencia se da naturalmente en el ámbito personal. En el ámbito social es necesario mantenerla y cultivarla. De ello pende la humanización o deshumanización de los asuntos humanos y de los temas de interés público. Ninguna institución es ajena a tal dimensión ni a tales preguntas. Las instituciones de educación superior y de investigación, tienen una gran responsabilidad en esta tarea.



En la sección Estudios presentamos seis trabajos provenientes de España, Perú, Colombia y México.

Ayala-Colqui hace un análisis comparativo entre el pensamiento de Louis Althusser y Michel Foucault sobre la base de conceptos representativos de cada uno —aparato ideológico, para el primero; dispositivo de poder para el segundo— para comprobar las conexiones, los entrecruces y las críticas entre ambos pensadores. Montesó Ventura reflexiona sobre los efectos epistémicos y emocionales que padecen los hombres cuando ciertas expectativas de la vida no se cumplen y sobre el papel positivo que la vivencia de “nostalgia” pueden tener sobre éstos para recuperar la familiaridad con las cosas del mundo que provoca la decepción sufrida. Villa Sánchez se introduce en una honda meditación sobre la posibilidad del “fracaso” en el proceso de investigación —con la ayuda pedagógica del diálogo

platónico *Menón*, donde se verifica de forma concreta dicho fracaso— no para temerle y rehuir de él, sino para entenderlo y, sobre todo, asumirlo como contrapolo vivo y rectificante de todo trabajo intelectual. Ángeles Cerón estudia la obra literaria más representativa de Miguel de Unamuno para exponer los fecundos entrecruces entre “filosofía” y “novela” con los que el pensador vasco intentaba superar el acartonamiento academicista de la primera y las rigideces de los cánones estéticos de la segunda, cuyo objetivo final era poder expresar la concretud de la existencia, con sus oscuridades y ambigüedades propias. Castro-Manzano expone el valor que pueden tener para la silogística asertórica numérica los diagramas lógicos elaborados por Wallace Murphree, dadas las propiedades tanto lógicas (corrección y completitud) como representativas que poseen dichos diagramas. Villamil-Lozano, Garavito Gómez y Villamil-Lozano abordan la distinción fenomenológica entre movimientos intencionales constitutivos y acciones intencionales, sobre la base de una comprensión filosófica de las relaciones corporalizadas de los seres vivos con sus mundos propios; esto les permite elaborar una crítica a la teleología inmanente que distingue al enactivismo autopoietico de Andreas Weber y Francisco Varela y la semiótica agentiva de Douglas Niño.

En la sección Reseñas, Choque Aliaga presenta el útil compendio que Peter Welsen elaboró en su lengua natal sobre la vida, el pensamiento y las obras de Arthur Schopenhauer, con miras al trabajo de los futuros investigadores. Por su parte, Chávez Arreola hace una apretada síntesis, no exenta de claridad y precisión, sobre el estudio que Francesc Torralba dedicó a la teología de la educación de Edith Stein. Finalmente, Gómez Álvarez da cuenta de las amenas, pero profundas reflexiones que Saul Levmore y Martha Nussbaum elaboraron sobre la vejez y el envejecimiento.

Fidencio Aguilar Viquez
Ramón Díaz Olguín
Centro de Investigación Social Avanzada
Santiago de Querétaro
Mayo de 2023